



El reciclaje en mi infancia

Miguel Manella Guerrero

E Como continuación a mi visión de la autoridad por parte de mi generación, en este trabajo pretendo estudiar el reciclaje visto desde la necesidad de sobrevivir de aquella época.

Palabras clave: reciclaje, generación.

Introducción

Para empezar, comentar que la palabra reciclaje es relativamente moderna, la he buscado en el diccionario enciclopédico hispano americano (1887) y no aparece; pero es que también la he buscado en la enciclopedia Larousse(1967) y tampoco la contempla. En el DRAE la palabra reciclar tiene el siguiente significado: someter un material usado a un proceso para que se pueda volver a utilizar.

Volviendo a mi infancia, es curioso que las actuales propuestas de consumo para evitar que nos veamos inundados por la cantidad de materiales de desecho que generamos en la sociedad actual, era algo que se hacía de manera natural en mi niñez. Y se hacía no porque hubiera concienciación del reciclaje, para nada, se hacía porque aquello formaba parte de nuestra forma de vida, por la visión de ésta y, también hay que

decirlo, por la necesidad perentoria de aquellos años, por la miseria, por el hambre y encima aquí en España, por la posguerra. Y a pesar de que los años del hambre fueron los 40, y la cartilla de racionamiento desapareció en el año 1950, la década de los cincuenta y primeros años de los sesenta también fueron difíciles para la mayoría de los ciudadanos.

Como antes decía, la tres “R” (reducir, reutilizar y reciclar) que proponen ahora las asociaciones que luchan por preservar el medio ambiente era algo natural en esos años. Si reducimos el problema, reducimos el impacto y precisamente eso es lo que se hacía, apenas se generaba basura, con lo cual el impacto ambiental era mínimo.

La alimentación y el reciclaje.

A nivel de la alimentación, los restos orgánicos prácticamente no se producían por varias razones: en primer lugar: se cocinaba lo que se consumía; en segundo lugar: el hambre hacía que no sobrara nada en el plato y en tercer lugar, en el caso de que sobrara algo, era aprovechado para alimentar a los animales domésticos que se criaban en la casa: perros, conejos, palomos, gallinas(recuerdo cuando

subía a la azotea, como se escuchaban los gallos cantar en las diferentes azoteas), o había personas que iban por las casas a recoger los llamados “desperdicios” para alimentar cerdos que se criaban en las cochineras que estaban muy cercanas a la ciudad.

Antes de proceder a la preparación culinaria, los restos que se generan actualmente en la comercialización y en el transporte, eran en aquella época inexistentes, pues las bolsas de plástico (un billón de unidades) que ahogan y matan al planeta Tierra no existían (aparecieron en los años setenta). El envoltorio que se usaba en las tiendas era de origen natural, el papel de

Para la compra y su transporte se utilizaban las talegas de tela, los bolsos de diferentes materiales naturales, entre ellos la palma

diferentes texturas: estraza, seda, periódico, blanco etc. Los alimentos todos eran servidos a granel (legumbres, cereales, frutas, harinas, azúcares, etc.) así como los líquidos (aceites, vinagres, vinos, leche,.....)Y para su compra y transporte se utilizaban: las talegas de tela, los bolsos de diferentes materiales naturales, entre ellos la palma y naturalmente las botellas y las lecheras, que por cierto, nunca se tiraban como

El pan, nunca, nunca se tiraba; si sobraba, se comía frito, se hacía sopa de ajos, sopa de tomate, torrijas o se utilizaba para hacer gazpacho caliente

se hace ahora; o se mantenían para su uso, o se devolvían. Como anécdota os cuento que eran tan preciadas que había personas que vivían de recogerlas y a los niños nos las cambiaban por globos.

Los restos de las comidas, naturalmente no se tiraban, se comían al día siguiente y al otro y al otro. Todos conocemos los llamados “tumbos” de tagarina, de coles, etc. Hay que

decir que el sabor de estos tumbos se mejoraba con los días. El pan, nunca, nunca, se tiraba; si sobraba, se comía frito, se hacía sopa de ajos, sopa de tomate, torrijas, o se utilizaba para hacer gazpacho caliente y tantas, y tantas recetas que sería prolijo enumerar. A título de ejemplo, el puchero, plato muy común en todas las casas, duraba muchísimo y se comía en sopa, la “pringá”, se preparaba la ropa vieja, croquetas...Entonces no había frigoríficos, tampoco hacía falta, puesto que no se daba la oportunidad a que los alimentos se estropearan.

Si después de este proceso de reducción y utilización sobraba algo se llevaba a la basura, que como es natural era mínima. En mi casa se utilizaba un cajón. Como la generación de basuras era insignificante la recogida municipal se hacía al principio con una carreta tirada por una bestia, recuerdo que el encargado de ello se llamaba Enrique y anunciaba su presencia con una trompetilla de cobre con forma de cuerno, naturalmente, la basura se sacaba al momento de pasar y había que estar atentos porque si no lo hacías, te quedabas con ella hasta el otro día. Posteriormente se compró un camioncito

Si después de este proceso de reducción y utilización sobraba algo, se llevaba a la basura, que como es natural era la mínima

minúsculo que lo conducía un señor que se llamaba Miguel Reborio. Los vertederos, llamados entonces basurillas, estuvieron, que yo recuerde: primero cerca de donde vivía Quijano el médico (no existía la calle Alféreces Provisionales), luego estuvo ubicado en el matadero municipal y después se trasladaba la basura cerca de la curva de la “S”

La energía y la reutilización

La reutilización de los materiales también era lo usual, el aceite usado se guardaba y se hacía jabón con la sosa cáustica. No olvidemos las velas en tiempos en que la luz eléctrica fallaba más que una escopeta de caña, era usual la compra de velas y yo conocí un señor en la plaza de San Martín que las fabricaba, por cierto este



señor se ahorcó y hubo una gran conmoción en la ciudad. También recuerdo las mariposas, que además de alumbrar servían para iluminar a los santos y a los difuntos. Los recipientes de lata se convertían por el arte del latero u hojalatero en jarrillos, se convertían en tiestos para las macetas, se empleaban para preparar la copa (brasero), o para cerrar pequeños alojamientos para animales. No quiero olvidar el material fungible educativo: las pizarras, los pizarrines, el catón y las enciclopedias en lugar de los millones de folios que a diario utilizamos para estos menesteres y las cantidades de libros que se emplean ahora en cada etapa educativa. Los restos de madera se aprovechaban en cercas, bancos, gallineros, juguetes (carros y patinetes que, utilizaban los cojinetes como ruedas y que tenían hasta dirección), y después de todo esto, si sobraba algo, para leña. El estiércol se usaba como abono y las boñigas como combustible.

Y hablando de combustible merece especial atención el carbón, el picón y el cisco, este combustible proveniente de los árboles y transformado por los carboneros y piconeros con técnicas ancestrales, era la principal fuente energética de esta época, ayudaba también a limpiar el monte bajo, de malezas y forraje y además esta actividad era la mejor manera de combatir los incendios; hoy en día al dejar de

practicarse, la propagación de los incendios es cada vez mayor. El carbón era utilizado en las cocinas y como calefacción, recuerdo que yo encendía el fuego por las mañanas, con un aventador de palma, para preparar el desayuno para mi padre y para mí. La preparación de las copas o braseros con el picón y cisco era también algo familiar y peligroso; de hecho yo me quemé dos veces las piernas con la lumbre. Me acuerdo de las tertulias que se formaban en mi casa alrededor de la copa. El carbón, el picón y el cisco se compraban en las carbonerías y dado el uso que se le daba, existían por doquier en la ciudad, en el casco histórico, que yo recuerde, había más de diez de este tipo de establecimientos de las cuales haré cita de algunos: la del Sr. Gil en San Donato(debajo de donde vivía Mariquita Puyol y Pura Pérez; la de Presenta en la calle de Guzmán el Bueno; la de Trinidad en la plaza de los costaleros; la de Domingo en la calle San Rosendo donde tuvo Gálvez la tienda; en la misma calle mucho más abajo estaba la carbonería de Isabel Luque, casi enfrente vivía Luisa Mena, quien vendía cal para los encalijos; la de Ochoa en la calle Moreno de Mora; la de Manolo en Stma. Trinidad frente a Donda y las Canetas; y la que había en la plaza de la Paz que también vendía chumbos y batatas. Se comentaba maliciosamente, que algunos dueños se orinaban en el carbón para que pesara más. Recuerdo hacer grandes colas para comprar carbón, porque en algunas ocasiones escaseaba. Pero hablando de colas, colas, la del gas para los infernillos que en su momento se utilizaron para cocinar (llegaban hasta la plaza de abastos y la venta era al lado de la iglesia de San Francisco), y que sólo se vendía en Pérez Quero.

Los oficios y el reciclaje

Los antiguos oficios, hoy muchos desaparecidos, eran una baza importante en la segunda "R", es decir, en la reutilización. Éstos convertían los viejos materiales en otros para el mismo uso o incluso diferente. Los sastres y las modistas convertían las ropas ya usadas en modelos nuevos, e incluso para distintas edades, dándoles la vuelta o rehaciéndolas para continuar alargando la vida a estos tejidos. Recuerdo que mi padre de un pantalón de la marina de su hermano le hizo a mi amigo Chanini un pantalón con pata de elefante que era la moda en

los años sesenta; además los llamados “sietes” se arreglaban poniendo remiendos; a los cuellos ya rozados de las camisas se les daba la vuelta y como nuevas; los calcetines se zurcían, y los pantalones largos se acortaban para los pequeños. Como os decía y refiriéndome a los sastres en Tarifa ya no queda ninguno; la confección industrial acabó con estos artesanos de la aguja y las tijeras. Recuerdo, como no, a mi padre, Carlos Manella, bisnieto, nieto e hijo de sastre y cuyo padre recaló en Tarifa, a finales

***Los lateros u hojalateros desaparecieron
hace ya más tiempo debido a la
evolución de la industria conservera y a la
desaparición de las fábricas de conservas***

del siglo XIX, donde se casó con Candelaria, una tarifeña. Carlos Vázquez el último sastre que ha tenido Tarifa y que falleció hace escasos meses; hubo otros sastres como Juan Jurado, Catoni, Daniel (portero de U. D. Tarifa y que se casó con nuestra paisana Luisa Escribano), Javier, Gila, Quetar y Picazo. Me acuerdo que era costumbre por aquellos años hacerse los ternos (chaqueta, chaleco y pantalón) para feria y yo me encargaba de hacer la entrega

***En mis tiempos había zapateros repartidos
por todo el pueblo, que no sólo hacían
zapatos y botas, sino que también
remendaban poniendo suelas y tacones***

a domicilio, era un verdadero trabajo pero tenía la compensación de pequeñas propinas que gastaba en la feria. Las modistas hacían el mismo papel que los sastres y aún hoy perviven algunas.

Los lateros u hojalateros desaparecieron hace ya más tiempo debido a la evolución de la industria conservera y a la desaparición de las fábricas de conservas que eran su principal lugar de trabajo. El último latero que yo he conocido era Juan Cádiz, el fontanero.

Otro oficio prácticamente desaparecido es el zapatero “remendón” (más información: trabajo del autor nº 12 de la revista “Tarifa la voz de un pueblo”). Los artesanos de este oficio eran numerosos y hay pocas familias que en sus ancestros no hayan tenido algún pariente zapatero. En mis tiempos, había zapateros repartidos por todo el pueblo, que no solo hacían zapatos y botas sino que también remendaban poniendo suelas, tapas y tacones. Los zapatos no se cambiaban hasta que prácticamente no tenían arreglo. De este oficio que antaño era numeroso, ya no queda ningún establecimiento abierto en Tarifa, aunque algún artesano o aficionado queda todavía arreglando tapas y tacones.

Epílogo

Como he intentado de exponer y habréis comprobado, a pesar, que la palabra reciclaje no existía y que los movimientos conservacionistas ni siquiera atisbaban la necesidad de concienciar a los ciudadanos sobre el grave problema que nos azota en la actualidad, los ciudadanos de aquella época, de manera natural y como dijimos anteriormente obligados por las circunstancias, actuaban en beneficio de la naturaleza. La evolución, el materialismo y el consumismo exacerbado están produciendo un perjuicio irreparable al medio ambiente, y creo que resultan infructuosos los esfuerzos, que las empresas hacen para fomentar actitudes positivas de reciclaje, a través de grandes campañas de concienciación y publicidad. Lo relatado en este trabajo como he expuesto en la introducción formaba parte de una forma de vida y una actitud ante ésta y además se dio en un contexto temporal que actualmente no se da en los países occidentales o desarrollados.

Se podría abundar más en este tema, pero creo que, aunque de manera sucinta, creo que he dado una visión bastante expresiva del reciclaje o de la reutilización en aquellos años. Aquí termina esta nueva incursión retrospectiva a los años cincuenta. Espero no haber herido ninguna sensibilidad y supongo que muchos se habrán visto reflejados, en mayor o menor medida, según las circunstancias y en que contexto les tocó vivir aquella época.